

nos instruya sobre la terminología local, que se encia un tanto de las de otras zonas donde existen. En La Pornacal el **teito** es de escoba (retama). A la izquierda un arbusto que crece en las cercanías. Utiliza el pino, que es más delgado y torna menos. No se entrelaza con centeno, como en otras partes, aquí no se cultiva ese cereal. El **teito** se renueva cuatro años, pero no de una vez, sino año a año, por partes. Hay que cuidar sobre todo el **cume**, que es la alta del tejado, donde se insertan para sujetarlo, cinco grandes grapas, formadas por las piezas de roble de haya, las **zancas**, unidas en su parte superior por un trozo más pequeño, de roble, denominando **xugu**. Pero del **cume**, sosteniéndolo, corre una gran viga.

**Cuatro barrios**

Las edificaciones de La Pornacal se agrupan en cuatro barrios separados por los accidentes del terreno. A la izquierda del cauce, seco estos días, de uno de los brazos del río, se encuentra el joven Pigüña, está la Braña del Río. Al lado del pequeño puente, de reciente construcción, está la Braña de La Prida, que significa de la cuesta. Luego está la Braña del Medio. Y separada de ésta por el regreso de un torrente, la Braña'l Cau, la del ex-

Las cabanas se distribuyen sobre un terreno ondulado, pero se dispersan, según lo permita la inclinación de la ladera. Son edificaciones de planta rectangular de dimensiones considerables: Entre siete y quince metros de longitud y siete u ocho metros de altura. Los muros están sólidamente contruidos con piedras de caliza (cuarcita). Muchas de ellas tienen adosada a la edificación cuadrangular, el **cabanu**, donde el pastor cuando pernocta en la braña. Y es frecuente también una visera con cubierta de teja, sostenida por dos pilares en la fachada donde se abre la puerta. Se abren hacia el exterior por una pequeña ventana —la que se llama el **pachare** (pajar), en el que la hierba se seca sobre un entarimado de madera. Debajo queda un espacio cuadrado, que ocupa toda la superficie de la cabana. Antaño hombres y animales compartían el espacio, pero por eso a un extremo se disponían el llar y el mazo. Ahora el pastor duerme en el **cabanu**. El ganado da frescor en verano y, sobre todo, calor en invierno. El ganado no suele bajar nunca de la montaña. Por el verano duerme en el monte y, cuando el invierno se torna frío, se refugia en las cabanas. Sólo en invierno muere mucho es bajado a Villar de Vildas.

**La vida en La Pornacal**

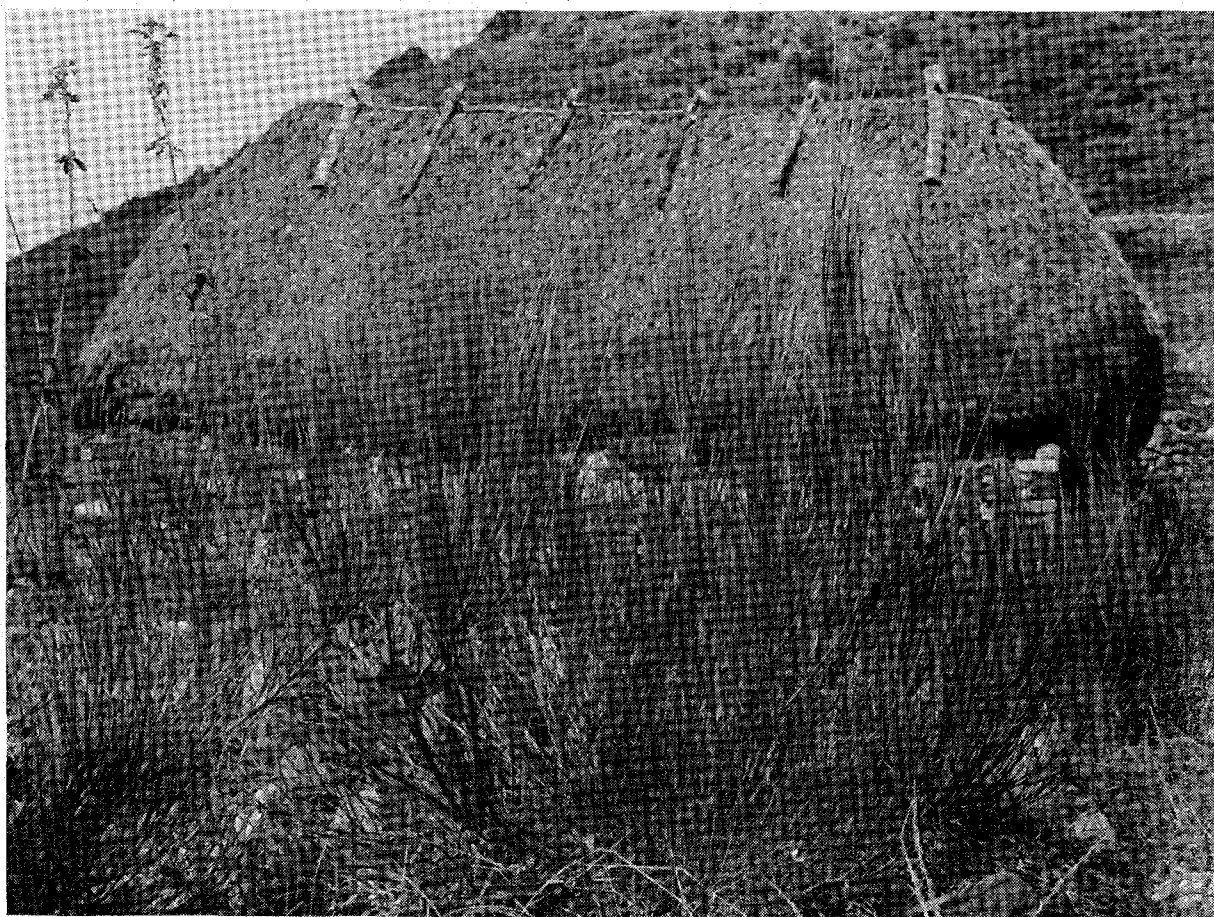
«En esta zona vivió gente en las cabanas», dice José. «En invierno sí, porque esos eran vaqueros. Aquí, a lo más, en los meses, por el verano. El resto del año se va al ganado desde el pueblo, subiendo todos los días. Las vacas están sueltas, pero hay que subir a muñi-llas, cuando hace buen tiempo y a darles de comer cuando está malo y hay que meterlas en la caba-»

«¿A veces valía más estar en la cárcel, en el verano, cuando la hierba?»  
«No, en los años y está soltero. No debe ser fácil para vivir en esta zona en Villar de Vildas. «Ahora hay gente que se va al pueblo. Dieciocho. Pero sólo quedan los que se marcharon a servir. Las mucherías se van a trabajar». La cabana de José tiene unos cuarenta años de antigüedad. Las hay más recientes, pero normal es que sean más antiguas. La más vieja que he visto es una que tiene esculpida en una piedra la puerta dos caras de un rústico estilo medieval. Pero todavía se construyen cabanas. «Lo más difícil es el mantenimiento. Cuando había que levantar uno, subía todo el mundo a ayudar».

Las cabanas de la braña tienen el techo hundido y entre ellas, la de las caras esculpidas en la piedra evidencian con ostensibles concavidades en la estructura que la estructura interna de madera que sostiene la cubierta de paja está gravemente deteriorada. Si se prolonga el proceso en muy poco tiempo estas cabanas serán unas ruinas o se habrán convertido en edificaciones convencionales, con tejado de fibrocemento.

**Proteger las cabanas**

Una solución viable parece la de conceder una indemnización a los propietarios a cambio del compromiso de conservar el tejado vegetal. A José no le parece mal la propuesta, muestra en seguida su desconfianza. «El año



La escoba, un arbusto que crece en la zona, se emplea para construir los teitos.

pasado un oso me mató el burro. Le quitó la albarda, lo arrastró y lo enterró. Pasé lo menos veinte veces por el lado de donde estaba, antes de encontrarlo. Reclamé, los papeles fueron para Oviedo y sigo sin burro y sin dinero. Por ahí arriba tengo una tierra de patatas. En dos días me las comieron todas los tsabalines. Se lo dices al guarda, el guarda lo apunta, pero no sé dónde, porque luego no apareció en ningún sitio».

José nos muestra el interior de su cabana: un espacio rectangular cuyos rincones vamos descubriendo a medida que nuestros ojos se acomodan a la poca luz. A lo largo de los muros más largos están situados dos pesebres. El suelo está enlucado y el techo, de madera, es bajo, para dejar, por encima de él, espacio amplio al pajar. «La cabana de teito es mejor que la de uralita o de teja. En verano es más fresca y, sobre todo, en invierno es más caliente. Lo malo es que da mucho trabajo», dice José.

**Los reactores**

José recoge la larga escalada (escalera) que había utilizado para reitejar y se marcha monte arriba, a recoger la fardela donde dejó la comida. Nosotros también comemos nuestros bocadillos, sentados sobre la hierba, levantándonos de vez en cuando para beber del reguero que baja del monte. Luego paseamos otra vez por el poblado silencioso. Brilla el sol, que ya empieza a vencerse hacia Poniente y los bordes del hayedo se van dorando. Dentro de apenas quince días el bosque será un esplendor de rojos sobre el fulgor verde de las praderas. De pronto, se oye como el rumor de un trueno. Es un reactor más. Pasan cada poco por el cielo de la braña. Un vector plateado dibuja una línea blanca diez kilómetros por encima de los agudos tejados de escoba. Es, seguramente, un simbolismo. Pero, ¿qué significa realmente?



El «teito» es sujetado por una especie de grandes grapas de madera, formadas por dos largas piezas de haya, las zancas, unidas en su parte superior por otra de roble, el xugu.

**Los habitantes del alto Somiedo se resisten a hablarlo ante los forasteros**

**El bable occidental, una riqueza lingüística que teme manifestarse**

«¿Cómo se llama esta vaca?» El paisanin se ríe y cuanto más muestra la dentadura roída por el paso del tiempo y de la pobreza, más revela su temerosa desconfianza. Al fin pronuncia rápidamente: «Marietsa». Marietsa, amarilla. Es una vaca roxa, asturiana de los valles, la raza autóctona de capa rubia y ojos ribeteados de negro, como el hocico, buena para carne, porque cada año pare un xatu cuñón.

«Si tarda un poco más en decirlo, la llama «Galana» u otro nombre que le suene más a castellano o a bable central», comenta luego Antón Álvarez Sevilla: Antón es de Belmonte y habla perfectamente la fala que se conserva vigente y purísima en estos pueblos altos de Somiedo, pero que su hablantes se resisten a exhibir ante los extraños, reservando-la sólo para comunicarse entre sí. Una hora después, cuando Antón haya logrado intimar con José Aparicio, el hombre que está reitejando su cabana, en La Pornacal, éste le justificará esos recelos,

dicriendo que «viene xente per aquí que ríese d'etsus». Estos asturianos del largo y profundo aislamiento sienten sobre su forma de expresarse una doble censura. Por eso han acabado por asumir que hablan doblemente mal. Primero, por no hablar un buen castellano, y después, porque el asturiano que hablan no es el de la zona central. «Aquí hablamos medio gallego», se excusan. No tienen por qué. Su lengua nativa es netamente asturiana, es bable occidental, en el que la «n» se suaviza a «ñ», las palabras se pueblan de suaves diptongos y restalla en ellas brevemente la peculiar «ts», emparentada con la «t» inglesa.

En los mapas el pueblo de estos campesinos se llama Villar, pero para ellos es Vitsare y el gran peñón de cuarcita que se vergue enfrente no es la Peña de la Rodilla, sino la Peña de la Rudietsa, a cuyos prados cercanos vienen a veces a pastar los osos durante el invierno. Pero se resistirán a sincerarse ante los

extraños. Incluso María Gancedo Valle, una mujer de mediana edad que, a la orilla del río llena un saco con raíces de valeriana y que se entrega sonriente y dicharachera a la conversación, se alarma cuando Santiago enar-

bola su cámara con teleobjetivo. «Pero, ¿qué hace? ¿Está cogiendo lo que yo hablo?» Y luego explica, eligiendo las palabras, que la raíz de la valeriana la pagan a cuarenta pesetas el kilo y que el agua de su cocción es muy buena, por-

que «cuando los lobos lagan a una vaca, se lava con agua de valeriana y cria carne en seguida». Lagan, no chagan. Y medio se excusa cuando dice «a la genciana aquí la llamamos xarazana». «Esa la pagan a cincuenta pesetas el kilo».



María Gancedo Valle: «Pero, ¿está cogiendo lo que yo hablo?».



La raíz de la valeriana se paga a 40 pesetas el kilo.